

Seminario “Nuevos Tiempos de la clínica”

Clase integradora con las clases de A. Tortorelli

Es importante para entender la teoría de crisis vital saber que al “suspender el Yo” dudo de lo que percibo y pienso, el sujeto en relación con el objeto externo es superado por el ser que “participa” de una experiencia viva en permanente transformación donde todo es posible. Prigogine habla de un tiempo que fluye inexorable, en la dirección irreversible de pasado-futuro, desagotando su energía: “entropía” (muerte térmica). Este tiempo cambia haciéndose reversible cuando es liberado de la ley causa-efecto que la física cuántica descubre desequilibrando toda estructura, entonces puede generar un nuevo orden. Este desequilibrio lo entendemos como lo originario que se repite en cada crisis vital, esta supone que “todo tiene que ver con todo”, es decir supera la relación sujeto-objeto en un tiempo irreversible había la muerte térmica. En términos más nuestros será “la descarga” en el objeto de satisfacción.

El determinismo ajustado a las leyes de causa-efecto, mantienen el suceso que no permite la creatividad ni revertir esta dirección del tiempo. Lo originario se repite en toda crisis cuando es vital, o sea cuando el tiempo revierte su dirección hacia la “muerte”, pues hace posible un nuevo orden en dirección hacia el futuro.

En este originario no hay sujeto frente al objeto, sino ser “aquí y ahora” arrojados a esa experiencia vital en permanente transformación. Como experiencia clínica paciente terapeuta participan de este originario que dejó todo suceso para provocar el acontecimiento creativo. Creativo porque la imagen emerge “aquí y ahora”, no solo “como entonces” posibilitando otra realidad más saludable, por eso esta experiencia es curativa.

Cuando Spitz nos dice “hasta el tercer mes nada le es ajeno al bebé”, nos está diciendo que participamos de esa experiencia grupal como diferentes, no como Yo-sujeto separado. Savater agrega, “vida es la diferencia en la unidad”.

Crisis vital o “desequilibrio” según Prigogine, genera un nuevo orden cuando el terapeuta interpreta “la inmediatez de la experiencia” sin representación de lo que no está. Experiencia previa a todo sujeto y todo lenguaje que nos determine. Es el tiempo que fluye como la vida.

¿Qué nos moviliza en esta experiencia si no hay necesidad, demanda o deseo de un objeto? Es lo que llamamos “anhelo de ser más con lo demás que participamos”.

Cuando Alejandra nos dice citando a Deleuze, “maquina deseante que desea desear”, lo que entiendo más allá de la semántica, que nos llevaría a definir que entendemos por deseo, es la producción o construcción constante en este encuentro participativo (lo plural) de un “anhelo de ser más con”. Como diría Alejandra se abre el sujeto del sí mismo como Yo identificador para pensar desde “el nosotros” antes que el Yo. Al “suspender el Yo” este se debilita como sujeto y se abre como “ser” diferente, “singular” a ser parte de un “todo”.

Alejandra Tortorelli nos dice citando a Heidegger que existir es “ser ahí” fuera de sí mismo, coincidimos si hacemos análogo “ser con”, “ser ahí”, “ser arrojados al mundo” con participación de la experiencia de una crisis (desequilibrio de Prigogine) cuando esta es vital o sea rompe con toda causalidad y certeza de lo real objetivo.

“No hay retorno” pues “no tengo donde volver”, nos dice Alejandra y por lo tanto sólo hay permanente transformación, “soy parte de” esta experiencia originaria que participo del anhelo de ser más con los demás. Derrida diría “en diferido”. Mas allá de toda relación Yo-otro, está ese “nosotros” participativo.

No somos “incompletos” (castrados), sino que somos siendo participando de una contexto originario que despierta al terapeuta con su paciente el anhelo de superar lo que estamos viviendo juntos, anterior a toda percepción y su representación.

Anhelar es construir una verdad con. Badiou lo asocia con el amor que “construye verdad” cuando se experimenta desde “dos”. En toda crisis cuando es vital la verdad de la interpretación se construye “participando” de esta experiencia previa al lenguaje y más allá de toda ley causa-efecto.

Al revés de cómo se pensaba en psicoanálisis, el amor más allá del sujeto pasa a ser garantía de que la terapia es una construcción de “dos”, justamente porque amor es “amar y ser amado”, “dos” recíprocos en permanente transformación, como “la flecha del tiempo” de Prigogine que cambia la dirección entrópica por otra vital creativa.

El amor era excluido del psicoanálisis porque era vista desde el sujeto-Yo en relación a otro, podía contaminar por su carácter narcisista, la transferencia que repite el pasado en el presente, estoy de acuerdo. Pero estamos proponiendo a partir de un “nosotros” que “aquí y ahora” construye un nuevo orden participando del amor como “valor” no como objeto deseado por un sujeto.

Es importante entender en la tarea clínica que paciente y terapeuta, cuando se alcanza el “desequilibrio” de la crisis vital, participan de la misma experiencia originaria vivenciando el anhelo de ser más “con”, acontecimiento que termina con la interpretación de la inmediatez de la experiencia sin mediar representaciones. La energía creativa que allí surge es lo curativo y cuando volvemos a objetivar la realidad, lo viejo perturbador ha cambiado. No olvidemos que toda crisis vital es “valorización de objetos (lo originario) para una nueva objetivación de valores”.

<http://psicoanalisisabierto.com/>